

RECONOCIMIENTO A LA ASOCIACIÓN LÍRICA CORDOBESA

ÁNGEL AROCA LARA

DIRECTOR DE LA REAL ACADEMIA DE CÓRDOBA

La Zarzuela tiene para mí –supongo que como para otros muchos hombres y mujeres de mi generación– recuerdos entrañables. Cada año llegaba a mi pueblo a finales de noviembre, que es cuando La Mancha labradora puede permitirse el descanso, tras haber trasegado el mosto a las tinajas y una vez puestas a buen recaudo las hebras púrpura del azafrán.

Entonces el teatro Cervantes se vestía con sus mejores galas para acoger a la compañía lírica de turno. Yo, que era por aquel tiempo un adolescente, practicaba ya lo que ahora ha dado en llamarse tráfico de influencias, pues valiéndome de mi amistad con Amador y Herminia, que eran los taquilleros, conseguía invariablemente una localidad de la zona central del anfiteatro.

Desde esta atalaya de privilegio, dominando las plateas –escaparate divertidísimo de un rutilar entre cateto y pretencioso, que ahora se me antoja entrañable– y envuelto por el tufillo a naftalina de los toquillones y las pellizas, recién sacados del armario con los primeros fríos, que me llegaba desde el paraíso, asistía a aquellas jornadas de zarzuela en cuya programación no faltaba, por supuesto, “La rosa del azafrán”. Ocasionalmente, también se ponía en escena “Por el atajo”, pieza de ambiente local, con letra de Antonio Martínez y música del maestro Alarcón, cuyos intérpretes eran aficionados rodenses y profetas en su tierra, pues todavía recuerdo los calurosos aplausos con que se premiaban las actuaciones de Nilo y Pepa “La Vivilla”, que encarnaban a los protagonistas.

Allí, en cada una de aquellas noches ya lejanas y tras alzarse un telón en el que estaba pintado Sancho Panza con su jumento, nació y fue creciendo mi interés por el teatro y la música.

Mi deuda, por tanto, con la zarzuela es grande y grande es, asimismo, mi reconocimiento para quienes siguen laborando con altruismo –tal es el caso de la “Asociación Lírica Cordobesa”– por mantener en el candelero un género que, no en vano, ha merecido el calificativo de nacional, pues el conjunto de libretos de las 12.000 zarzuelas escritas constituye un compendio de la historia costumbrista de España,

en el que se reconoce prácticamente todos los pueblos y regiones de este país.

Nuestra ciudad tiene la inmensa suerte de contar con la aludida Asociación, que en sus diez años de andadura ha dignificado y difundido tan bella y entrenable manifestación artística. Fruto de su trabajo es la “Semana Lírica Cordobesa”, cuyo reconocimiento a nivel nacional bien merece el apoyo y la colaboración generosa de las entidades e instituciones locales.

No podemos hacer aquí balance pormenorizado de los importantes logros de este grupo de cordobeses devotos de la zarzuela en su quehacer de una década; la noticia puntual quedó archivada en los estantes de las hemerotecas y a ellos remitimos al curioso. No obstante, como director de la Real Academia de Córdoba, no debo ni quiero silenciar la meritoria labor en pro de la lírica que ha venido desarrollando en el seno de nuestra Corporación uno de ellos. Me refiero a Julio Sánchez Luque.

Gracias a este académico y a su desmedido amor por el género que nos ocupa, nuestra tradicional sesión dedicada al “Día Mundial del Teatro”, se ha convertido en los últimos años en una noche de homenaje a la zarzuela.

Aunque no se nos escapa que hay otras modalidades escénicas que también merecen nuestro reconocimiento, jamás hemos intentado torcer la voluntad de Julio, por entender que es ésta una manera de testimoniar el apoyo de la Academia –secularmente preocupada por alentar cualquier manifestación cultural en nuestra ciudad– a un género que, pese a ser tan entrañable y tan nuestro, se ha visto relegado tanto por la falta de apoyo institucional como por la actitud estrecha y esnobista de quienes han entendido que el paradigma de la modernidad y la progresía está en la negación absoluta de la tradición y lo autóctono.

Es obvio que, además de las expuestas, existen otras razones para que el grado de implantación de la zarzuela sea hoy mucho menor que lo fue hace cuarenta años. Piénsese, por ejemplo, en la televisión, que tanto ha perjudicado a la mayoría de los espectáculos.

No cabe duda, por otra parte, de que, dado el proceso estandarizador que padece la sociedad actual, el aludido reconocimiento de los pueblos en la puesta en escena de los libretos es ahora mucho más difícil. Sin embargo, albergo la esperanza de que cuando en los camaranchones de La Mancha sea ya imposible encontrar un pandero –no ha de faltar ya mucho, a buen seguro– se siga representando “La rosa del azafrán”, la flor arrogante de mi tierra, para recordarles a mis paisanos los cantos de las roseras al amanecer y su sembrar de farfolla los alrededores del pueblo, el horizonte malva de los tablares el “día del manto”, la vuelta con los cestillos rebosantes de esperanza labradora, los chistes pícaros de la monda, el atardecer de los novios “echándoles la pata” a las roseras y la delicada operación de tueste de la matriarca, cuidando que las ascuas estén ya pavonadas de ceniza y no puedan sofocar el preciado tesoro del cedazo.

Sólo por su mera capacidad evocadora, por lo que tiene de documento idóneo para ayudar a los más jóvenes a descubrir sus raíces, podría justificarse el empeño de la “Asociación Lírica Cordobesa” por preservar este bello género. A sus hombres y mujeres les agradezco su tesón y que trabajen –ello se me antoja especialmente importante en nuestro tiempo– sin buscar otra recompensa que el honor de servir a la zarzuela y a Córdoba.